

siempre fresco y siempre oportuno. Lo importante es saber intercalarlo en el justo momento.

Héctor Mendoza ha logrado, a mi juicio, la mejor dirección teatral en México de muchos años a la fecha, no sólo por lo que ha hecho, sino por los infinitos caminos que abre a la dirección y que los nuevos directores jóvenes sabrán aprovechar y quizás superar. No importa que apenas estemos en el tercer mes del año; para mí, Héctor Mendoza ha ganado ya el premio a la mejor dirección de 1966.

15 de marzo de 1966

ARAU Y SUS FELICES LOCURAS

Creo que esta es la tercera vez que Alfonso Arau presenta su espectáculo titulado *Locuras felices* en la capital. El Teatro Milán y el Teatro Iris han sido testigos de su arte, y ahora le toca el turno al Teatro Principal. Según declaró el propio mimo en un programa de televisión, se propone revivir año con año y durante dos semanas únicamente, esta maravillosa serie de cuadros pantomímicos que dan a Alfonso Arau la categoría del mejor mimo que hayamos visto después de Marcel Marceau. Recordamos que hace poco vino al Palacio de Bellas Artes una compañía de Pantomima de Praga, y ninguno de sus componentes, ni todos juntos, podrían siquiera compararse a Arau.

Marcel Marceau, considerado con justicia el mejor mimo del mundo, es un clasicista que ejecuta sus números —extraordinarios todos— a la manera tradicional de la pantomima, o sea con el rostro blanco, y durante su espectáculo no se aparta jamás de los cánones pantomímicos. Alfonso Arau crea un nuevo género, más acorde con nuestra época y con los gustos contemporáneos, en el que se mezcla la pantomima con el *sketch*, los movimientos clásicos con la guitarra eléctrica, el nostálgico *Bip* de Barrault con el *beatle* enloquecido, el academismo con el arte pop, el vuelo de una mariposa con el teatro del absurdo a lo *Amadeo*, de

Ionesco, la ternura cursilona con la terrible realidad de la vida diaria, Velázquez con Cuevas, Mozart con Tito Guizar, Laurence Olivier con Borolas.

Once números forman el espectáculo de Alfonso Arau y el espectador pagaría con gusto lo triple para que continuara con otros cincuenta números más. Durante dos horas justas, Arau nos lleva a un nuevo mundo en el que la locura va de la mano de la cordura, y nos enseña que ese es justamente "el mejor de los mundos posibles". Al mismo tiempo que crea un nuevo género, Arau echa mano de los mejores recursos de los genios que le han precedido en la comicidad, y así vemos la escuela de Marcel Marceau en *El ilusionista*, la ternura cómica de Chaplin en *Pasado de moda* y en *El marionetista ambulante*, la angustia desternillante de Buster Keaton en *Concierto*, a Ricardo Bell en *Poli-chinelo*, a Mario Moreno en *Siga el guía*, a Max Linder en *El viejo boxeador*, a Jerry Lewis en *El conscripto*. Pero en todos esos números, que nos hacen recordar a esos artistas como un homenaje, está siempre Arau con su propia personalidad, su propia inventiva, su propia búsqueda, su propio genio.

¿Dónde comienza y dónde termina la labor de Arau y dónde comienza y dónde termina la de Alexandro, el director? Imposible saberlo, y no tiene importancia alguna. Es una labor conjunta que forman esas dos horas de show inolvidable, merecedor de ser conocido en el mundo entero, ¿Por qué Arau y Alexandro no se han presentado en Broadway? El triunfo que alcanzarían nos compensaría de tantas y tantas obras que se importan de allá.

Una sola y pequeña crítica: corte Arau esa explicación que da por el micrófono sobre los cambios de utilería a la vista del público. Justamente aparta al espectador de la magia, que existe sin necesidad de anunciarla.

12 de abril de 1966

YO TAMBIÉN HABLO DE LA ROSA

Emilio Carballido es hoy por hoy el más importante de los dramaturgos mexicanos. Una vez que Rodolfo Usigli dejó ese puesto